

SIN MIRAR ATRÁS

Corre el año 1778, Barcial del Barco es un pequeño caserío español que pertenece a la jurisdicción de Benavente, cercano a la frontera con Portugal. Llega un edicto del Rey en el cuál invita a los pobladores a ser colonos en América, les ofrece tierras y otros beneficios.

Manuela se entera , corre al encuentro de su marido Tomás, le comenta la novedad, él se entusiasma e inmediatamente quiere anotarse. Manuela duda, tienen cuatro hijos y otro en camino, tanta incertidumbre la asusta pero sabe que es la única posibilidad de salir de la pobreza. Habla con sus padres Lucas y Josefa, comparte con ellos sus miedos, tiene claro que si se va no volverá a verlos y necesita que ellos la impulsen a partir.

Manuela ya está en el puerto de la Coruña, desde ahí partirán hacia San Felipe y Santiago. Tiembla de frío y de miedo, sabe que toda su vida está por cambiar para siempre. Tiene entre sus brazos a su niña pequeña que la mira fijamente, intuye la angustia de su madre, Felipe de tres años prendido de su pollera llora sin saber por qué. Tomás, más allá , conversa con sus conocidos que también se embarcan con sus familias en esta aventura. Los hombres tienen mucha expectativa por ésta oportunidad, están hartos de trabajar las tierras de otros por unos miserables reales.

Los niños más grandes corretean con sus amigos, están ilusionados, éste viaje es una novedad para ellos ya que nunca se han alejado de su hogar.

Llega el momento de abordar, Manuela sabe que no hay marcha atrás, siente que un puño de hierro aprieta su corazón. Sube con sus hijos pequeños, allí está ella recostada en la borda, pequeña, muy blanca, enfundada en un vestido negro que le llega a los pies, un blanco pañuelo cubre su cabeza, saluda a la gente que vino a despedirlos, sus ojos se llenan de lágrimas, sus padres están entre esa multitud pero no puede divisarlos. Sigue saludando mientras el barco se va alejando.

Tres meses dura la travesía, es mucho el sufrimiento, van hacinados, la comida es poca y el agua corrompida .

La gente se enferma, todos van quedando piel y huesos, Felipe su hijo cada vez está peor, se va consumiendo, ya ni siquiera puede mantenerse en pie, su mayor temor es que el niño muera a bordo. Ruega a la Virgen del Carmen que si su niño debe morir que sea después de llegar. Han muerto dos niños y los han tirado al mar.

Su deseo fue escuchado, a los trece días de llegar Felipe muere pero Manuela tiene el consuelo que el niño yace en tierra santa en San Felipe y Santiago. Se pregunta cada día: -¿Habrà valido la pena?

Recién después de dos años quedan prontas las casas de la Villa de la Concepción de las Minas. Por fin podrán establecerse, han sido meses muy duros, en todo ese tiempo Manuela trató de estar cerca de las mujeres, escuchándolas, consolándolas , ayudándolas. Cuando a alguna de esas mujeres les llegaba el momento de dar a luz pedían su acompañamiento, ella les infundía confianza, seguridad, paz. Las manos curtidas de Manuela se volvían suaves al recibir una nueva vida. Ella suplía en parte a esas madres que quedaron atrás.

Han pasado más de 40 años desde la llegada de los primeros pobladores, Manuela, ya viuda , está viviendo en las tierra que les donó el Rey, hace calor, es enero de 1826, está llegando al final de su vida, está sentada en la sombra del ombú en su silla petiza con el asiento forrado en cuero, mira el cerro que tiene enfrente, allí en el bajo corre una cañadita cantarina. En su cabeza resuena la misma pregunta de los primeros tiempos, ¿Habrà valido la pena?

Han pasado 200 años desde ese día, hoy estoy en el mismo lugar donde tú estabas, veo lo mismo que tú veías, soy la séptima generación de los hijos que dejaste en ésta patria. Miro tu vida y te admiro abuela lejana.

Quiero contarte que aquí estamos, honrando la vida para que tenga sentido tu lucha.

Levantamos hoy la bandera de las mujeres creadoras de su destino.

Hoy te respondo- Valió la pena Manuela Cuervo Segurado, todo valió la pena.

LORETO